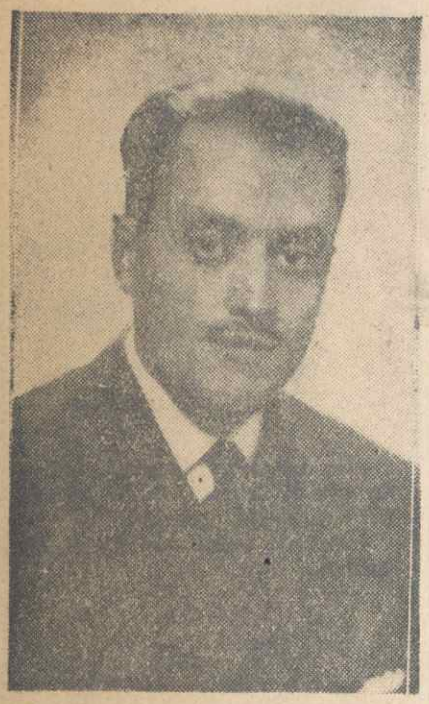
149

LA JUVENTUD PASA

Jesús Juan Garcés

Por Marino Gómez-Santos



Hay antepasados famosos que son en la vida de sus descendientes verdaderos fantasmas con cadenas y sombras alargadas, caballeros pesados que no descansan ni en la hora del sueño, ni dejan descansar, ni acaban de descansar en sus rondas y persecuciones. Por lo mismo hay individuos que no destacan dentro de una vida artística por una admiración fiel, por una dedicación exclusiva a la memoria de un ascendiente que ha sido algo en su vida, o, por el contrario, intentan simularle con una confianza de sangre que tiene ya pruebas de nobleza artística, monedas acuñadas y reconocidas, de las cuales puede vivirse con facilidad, sin darse cuenta de que son espejismos y de que ningún brazo poderoso del antepasado les sostiene desde la sombra en sus pasos inseguros, en su impericia y en su fracaso.

Un antepasado glorioso es en las familias como un gran biombo que corta las perspectivas, que está cerrando las cuatro puertas de la posibilidad, sin proteger nada concretamente. Un antepasado es como un hueso que no ahoga ni deja respirar del todo. Un antepasado es una obligación a muchas cortesías y a muchas dignidades, sin que en realidad reporten ningún mínimo beneficio a cambio. Un antepasado es una broma pesada, una mancha de tintas de colores sobre un pergamino o un álbum de fotografías que, aunque parezcan humorísticas, han sido retratos de una vida real, de una época, de una fama y de una gloria que, a la larga, también necesitaba de comer pescado.

Jesús Juan Garcés nace en un hogar burgués, en este Madrid donde parece que no ha nacido nadie, donde todos han venido en el expreso de las diez menos cuarto una mañana de primavera.

Jesús Juan Garcés nace como esas plantas de cebada que las monjitas de San Pelayo plantan y cuidan en la oscuridad para que crezcan pálidas, blancas como el papel satinado, espigadas con cañas de bambú.

En un hogar sombrío, noble de construcción, de antigua cantería, alumbrado y tibio por el culto a Emilio Mario, su abuelo, el gran actor de nuestro teatro del siglo pasado.

En las noches íntimas de conversación familiar, Emilio Mario aparece sentado en el estrado de la imaginación de Jesús Juan, caracterizado como si acabase de interpretar "El cura de Longueval", "El amigo Fritz" o "El viejo y la niña", sus grandes éxitos de entonces.

26.X.1954

Una tarde de domingo, con un balcón abierto, dejando entrar toda la desgana perezosa y triste del domingo, estamos en casa de Jesús Juan Garcés.

La estancia es sombría, con lienzos velados por la pátina, colgados en los gruesos muros. Un reloj romántico sobre la chimenea apagada. Caracolas en la mesa de trabajo.

—Esas butacas—me dice—están hechas por el padre de María Guerrero.

Y, al poco, haciendo un paréntesis en la conversación:

—En este cofre guardaba mi abuelo Emilio Mario los útiles con que se caracterizaba.

El cofre es de madera oscura, con herrajes de metal. Es como un cofre de pirata sacado del fondo del mar.

—Este es el reclinatorio de Emilio Mario.

Seguidamente:

—Y éste, el sillón frailuno, con el mismo terciopelo carmesí, que yo zurzo celosamente cuando se desgarra.

Y así una tarde entera. Copas de buen coñac, discos de Anselmi en el viejo gramófono de cornetón, parchazos de sombras que se van pegando a los muros del cuarto y campanas fúnebres de las Salesas, que están enterrando la evocación de una vida española de otro tiempo.

Con todo, Jesús Juan es un joven de hoy. Forma parte del grupo importantísimo que fúnda "Juventud Creàdora" después de nuestra guerra, con aquella revista "Garcilaso", en la que publica sus primeros versos. Hace mucha vida literaria a partir de entonces. Conoce "La familia de Pascual Duarte", de Cela, leída en el original manuscrito.

—En mil novecientos cuarenta y dos yo colaboraba en "Juventud". Pagaban a setenta y cinco pesetas la colaboración.

—¿Vivía alguien de sus artículos?

—No. Nos salvaba que éramos todos estudiantes. Yo con lo que escribía costeaba mis profesores particulares para mi carrera de Derecho.

—La poesía ¿es hoy un porvenir económico?

—No; ni hoy ni nunca. Para eso está la prosa.

Entonces cabe preguntar qué es lo que debe ser un poeta.

—Millonario o político.

Garcés salva de la catástrofe económica al periodista y al escritor. Les salva con una seguridad un tanto cómica y desaprensiva.

—Entonces, ¿tú casarías a una hija con un escritor?

—No sé cómo pensaría si fuese padre. Supongo que no variaría. Es agradable casar a una hija con un artista, mejor que con un burgués que la va a llevar al fútbol. Con el artista no lo pasaría muy bien económicamente, pero viviría feliz.

Y, como es natural, puesto que la conversación está entre dos jóvenes, hablamos de las mujeres de hoy.

—Creo que para el matrimonio son un verdadero desastre. Sin embargo, aventajan a las mujeres de otro tiempo en que están más dispuestas a colaborar con su marido en cualquier actividad, que eso es lo que debe ser el matrimonio: una camaradería.

Jesús Juan Garcés no vive de la literatura, puesto que es comandante del Cuerpo Jurídico de la Armada, a pesar de su juventud.

Con todo lo que ganaste con la literatura ¿qué podrías hacer?

—Un viaje por Europa en Vespa.

—¿Estás contento con tu generación?

—Sí; es ágil, deportiva, eficaz. Por eso ha triunfado y triunfará todavía mucha gente.

Me voy al café. Es mi hora del café. Jesús Juan Garcés no está demasiado conforme con el café.

—La juventud debe huir de los cafés, donde, en realidad, nunca se ha hecho nada de provecho. Además, el café es una institución muerta en la vida española.